

Prácticas artísticas, nuevas comunidades y acciones colaborativas

Javier Gil

Las actuales concepciones de las prácticas artísticas no pueden sustraerse de las lógicas del mundo neoliberal, sobre todo considerando que estas también son un estilo de vida, una manera de desear y de producir lo sensible. Tampoco pueden sustraerse de las formas de resistencia que se organizan desde la fuerza colectiva y desde otros deseos de vivir y de significar la existencia. En ese contexto va emergiendo hace un tiempo un nuevo régimen de las artes, el cual se distancia notablemente del encuadre institucional de lo que usualmente llamábamos arte y de las instituciones que lo validaban.

El neoliberalismo lejos de agotarse en una dimensión económica es un modo de construir la subjetividad, un modo de producción de sujetos y deseos, es decir, es un generador de modos de vida muy articulados con la definición de sí como consumidor o empresario. Modos de vida percibidos casi como naturales e irreversibles, tanto así que lo político tiende a desdibujarse o configurarse como simple gestión sobre la base de un consenso generalizado. Algo secundario y reducido al ámbito de

la organización o gestión, pero difícilmente asumido como disenso. Es la política supeditada a la gestión de la vida, a un criterio técnico-organizativo ligado al funcionamiento eficaz.

No en vano, al interior de esta lógica, y funcional a ella, se presenta una jerarquización de saberes en la que el conocimiento aplicado y tecnológico de corte universal, es dominante. Cualquier conocimiento singular, ligado a sensibilidades y conocimientos locales y particulares, resulta disfuncional. El logos de la experiencia y de lo sensible (propio del arte) se considera inferior, oscuro, contradictorio, confuso, impuro, ligado a lo corporal y singular, y nada de eso resulta eficaz y funcional. Se trata de un logos menor y sin fundamento seguro, exageradamente contingente, sin métodos que aseguren alguna estabilidad, demasiado frágil en tanto que escapa a la posibilidad de ser medible, calculable y predecible, propiedades requeridas al interior de una lógica administrativa.

Así mismo, y como consecuencia natural, se privilegia como facultad cognitiva la distancia del sujeto frente a un objeto que debe mantenerse controlado, tematizado y objetivizado. Es la visión descorporizada, deslocalizada y desobjetivizada del conocimiento. Al interior de esa propuesta de relación con el mundo, la relación con el otro se da en medio de prejuicios y representaciones mentales, evitando cualquier relación de real proximidad. Dicha cercanía podría poner en discusión las cómodas representaciones que se formulan alrededor de ese otro.

Algo es válido y organiza lo social si es calculable y predecible, desde allí la vecindad de los modelos científicos tecnológicos con las lógicas de gobierno y su proyección a cualquier campo del saber. Otros modos de conocer como puede ser el artístico, o el derivado de las cosmovisiones indígenas, se ubican como mera entretenición el primero, o como algo dormido en el pasado pero sin capacidad de interpelar el presente, en el caso



del segundo. Las prácticas artísticas no alcanzan potencia cognitiva, o la alcanzan solamente cuando se doblegan a métodos prestados o a objetivos más productivos. Estos otros saberes, al igual que los procedentes de otras culturas, pueden ser funcionales en tanto que definidos como lo otro de la razón, eso “otro” que permite formular clasificaciones y diferenciaciones que legitiman las posiciones vigentes.

En ese orden de cosas, Santiago Castro ha planteado una lectura del colonialismo bien pertinente. A su juicio la colonialidad es derivada del colonialismo y se manifiesta pluralmente, no solamente es una dimensión económica; es cultural, extensiva a los saberes y a las formaciones discursivas. Sus análisis evitan una lectura molar, como sería la de remitir todo al poder económico-político, para indagar por planos micropolíticos con sus naturales flujos de encuentro con los planos macropolíticos. Es allí donde hace aparecer la colonialidad del saber (epistémica), y la colonialidad del ser (alusiva a los modos de vida y a las formas como se construye la subjetividad de las personas).

Al interior de estas lógicas, la interacción con los otros, la colaboración, la noción de lo común, se presenta desdibujada en tanto que reducida a la proliferación comunicativa, al sentirse conectado, a la abundancia de mensajes y palabras. Esa aparente intensidad interactiva esconde la escasez de experiencias reales; el exceso mediático, el consumo de signos, y la espectacularización generalizada, tienden a compensar ilusoriamente la carencia de alteridad. Se precisa un poco de silencio y soledad para inquietar las palabras y para preñar los encuentros de una renovada electricidad. Algo de silencio para que haya algo que decir y para que ese decir se singularice frente a un habla formateada al extremo.

Se presenta igualmente un rapto de lo colectivo por lo mercantil, pareciera que las únicas comunidades se establecen desde lo comercial,



a partir de la creencia en una supuesta participación desde el acto de consumir. Lo colectivo también aparece desdibujado por las figuras clásicas de configuración de lo común como el partido, el sindicato, etc., cuestionadas por su falta de representación y por su pobre comprensión de los deseos e imaginarios populares. Por último, lo colectivo aparece ya más recientemente vinculado al reconocimiento, a los derechos, a las normatividades para la convivencia, etc. Todo ello de indiscutible valor pero discutible en sus pretensiones de propiciar una expresión colectiva o de generar un sentimiento de comunidad. Muchas de las figuras de “tolerancia”, “aceptación”, “convivencia” se plantean desde una norma jurídica pero sin poner en juego una auténtica relación con el otro. La razón jurídica no garantiza la vitalidad ni la experiencia de los encuentros, ni la posibilidad de un decir renovado.

El propio capitalismo contemporáneo se apropia de esa pulsión relacional. El deseo de colectividad, la colaboración y asociatividad, son igualmente capitalizados, como lo señala Pelbart: “El llamado trabajo inmaterial, la producción posfordista, el capitalismo cognitivo, son todos fruto de la emergencia de lo común: todos exigen facultades vinculadas a lo que nos es más común, esto es, el lenguaje y su haz correlativo: la inteligencia, los saberes, la cognición, la memoria, la imaginación y, por consiguiente, la inventiva común. Pero también exigen requisitos subjetivos vinculados con el lenguaje, como la capacidad de comunicar, de relacionarse, de asociar, de cooperar, de compartir la memoria, de forjar nuevas conexiones y hacer proliferar las redes”.

Todo este panorama no implica renunciar a las posibilidades del esfuerzo colectivo y de la colaboración; se impone —eso sí— repensar su sentido y situar el arte desde esas exigencias, las cuales trascienden las formas habituales de entender el lugar del artista y sus prácticas. Estamos frente a una “plástica social” que necesariamente tiene que cotejarse con



todos estos fenómenos y que tiene que contraer un diálogo más profundo y fecundo con las lógicas contemporáneas, con las transformaciones del capitalismo, los movimientos sociales, las nuevas tecnologías, y las redefiniciones que experimenta el mundo de lo común. Sin duda el arte tradicional mantiene su vigencia pero no agota las posibilidades y exigencias de las prácticas contemporáneas, aquellas grandes obras que condensan en sí mismas una gran riqueza de pensamiento visual siempre son celebradas, pero está claro que los encuadres institucionales hoy se quedan cortos para explicar el lugar de lo sensible en la sociedad contemporánea.

Comunidad y creación

Un primer aspecto a inquietar está en la noción de comunidad y el lugar que ocupa la creación en ella. Buena parte de esa noción suponía una cierta idea de homogeneidad de sus componentes, a nombre de la cohesión se sofocaba la singularidad, la obsesión por una identidad grupal evitaba la puesta en juego de lo que ya somos, pensamos y sentimos. El sujeto aparecía como algo dado y no como aquel que se construye en sus prácticas. Sentidos y destinos aparecían bastante prefijados y preestablecidos, y naturalmente ajenos a la singularidad y la pluralidad de las personas. La comunidad parecía impensable sin la idea de homogeneidad y con ello la potencia de creación parecía sucumbir irremediabilmente. Autores como Agamben, Nancy, Pelbart y otros abren pistas para pensar lo colaborativo y comunitario sin reñir con procesos de subjetivación heterogéneos y más allá de las rocosas identidades generales.

Estos y otros autores anuncian una comunidad sin comunidad, una colectividad siempre en trance de hacerse. Una comunidad que no borra sino que potencia singularidades, abierta a la creación y al acontecimiento. Una comunidad donde la igualdad no se entiende como homogeneidad sino como espacio para ejercer las diferencias y los desarrollos plurales.



Una potencia abierta que se conecta de muchas maneras y en diversas direcciones, sin existir una última palabra o un lugar definitivo por alcanzar. En ese contexto, como lo advierte Nancy, es más importante la posibilidad de enunciación que los mismos enunciados, más significativa la potencia del lazo que los contenidos del mismo. Más importante la exposición y apertura al otro que cualquier sentido que se quiera imponer a dicho encuentro. Apertura liberada de algún desarrollo definitivo, sin valores absolutos o finales, sin cierre ni totalidad, y en donde prima el poder hablar, la potencia del hablar sobre lo hablado. El sentido, entonces, no radica tanto en la significación como en la posibilidad misma de hablar construyendo un “nos-otros”. O, como le señala el mismo Nancy: “la verdad del sentido no es propiamente otra cosa que su reparto, su ser compartido”. O, en términos de Pelbart: “como mantener una disponibilidad que propicie los encuentros pero que no los imponga, una atención que permita el contacto y preserve la alteridad?, como dar lugar al azar sin programarlo? Como sostener una gentileza de un habla allí donde crece el desierto afectivo”

Pasa a primer plano la potencia creadora sobre su cualquier otro determinante, y, en esa dirección, a las prácticas artísticas les corresponde jugar su papel. Al respecto es bueno recordar a Hannah Arendt cuando señala que solamente accedemos a nuestras posibilidades al introducir la palabra y acción en el entramado social. Para ella la condición humana desborda la satisfacción de necesidades de supervivencia y aspira a actuar sobre el entorno a través de acciones creadoras que inciden en lo común, en la trama de las relaciones humanas. La creación, por mediación de la palabra y la acción, posibilita que el sujeto se constituya como singular, en la alteridad aparece un “quien” que solo aparece allí, algo de nosotros acontece allí, y solo allí. Aparte de poner en entredicho el desarrollo del sujeto desde una actividad ensimismada, se pone en evidencia la vinculación de la política con la acción creadora y el poder hablar que incide en lo colectivo. Para Arendt la acción creadora no responde a una



planificación, es del orden del acontecimiento, de la emergencia de algo que se sucede más allá de lo planeado, medible y predecible. Su concepto de natividad, de nacer a lo nuevo, necesariamente implica la creación; nacer equivale a crear, y los nuevos, los que nacen, traen un mundo nuevo, una renovada relación con el lenguaje, sin que se puedan predecir con precisión los efectos de su acción.

La política se emparenta con la posibilidad de ser creadores y actuar sobre el mundo que nos espera. Ser capaces de acción no es otra cosa que esperar del ser humano lo inesperado, la posibilidad de recibir una tradición, un pasado, y al mismo tiempo transformarlo creadoramente. Esta potencia creadora necesariamente involucra a la educación la cual es llamada a privilegiar una voluntad de experiencia y de creación por encima de la habitual voluntad explicadora. Ello implica al pensamiento artístico al cual le corresponde jugar un rol que excede su definición en el campo y la institucionalidad artística. Un rol ligado a la responsabilidad con aquellos que “tienen que tomar la palabra, su propia palabra, esa palabra que es palabra futura e inaudita, palabra aún no dicha, palabra por-venir. Introducir a los nuevos en el lenguaje es, por tanto, dar la palabra, hacer hablar, dejar hablar, transmitir la lengua común para que en ella cada uno pronuncie su propia palabra”.

Otra estética relacional

Otro lugar de lo sensible en el mundo actual reside en la generación de relaciones distintas a las codificadas y funcionalizadas. Podríamos hablar de una estética relacional, o de relaciones mediadas desde la proximidad, desde lo sensible y afectivo. Se trata de una relación con el otro desde la proximidad, dejándose afectar por su presencia más allá de cualquier prejuicio o categoría. La distancia racional se hace cómplice de las representaciones ya hechas; la inexistencia de una proximidad



emocional y sensorial, atenta a las singularidades del otro, hace imposible la modificación de tales representaciones. En la percepción objetivante, marcada por la distancia entre el sujeto y el objeto, propia de un esquema tecno-científico, el otro deja de existir, no es alteridad, no nos interpela. Una relación establecida desde la vulnerabilidad de lo sensible le hace justicia al otro como tal y –de paso– debilita las rocosas categorías por medio de las cuales solo buscamos confirmar lo ya sabido, lo que ya llevamos dentro. En un plano regulado por las relaciones sensibles, y por tanto desde una cercanía que elude cualquier categorización previa, el otro es realmente otro. Esta “estética de la existencia”, adicionalmente, se abre al surgimiento de lo nuevo, a la aparición de lo inesperado que surge de aquello experimentado desde las intensidades del instante y desde la afición sensible y sensorial. Siempre cabe preguntarse si nos relacionamos con los demás desde la experiencia o desde verdades preestablecidas.

Lo estético y lo artístico, en este contexto, se perfila menos como una finalidad, como obra a realizar, más bien se plantea como un modo de experiencia desde lo sensible. El solo hecho de establecer un vínculo poniendo en juego sensibilidad y afectos rehabilita la capacidad casi perdida de vivir dejándose afectar y de propiciar encuentros distantes del orden de la eficacia o del intercambio comercial. Ese ejercicio de suspensión de la mecánica y mercantil vivencia del tiempo, del espacio, de los otros, es una manera de reconfigurar lo sensible y de relacionarse con la vida desde el asombro y desde una incesante novedad.

El capitalismo ha logrado empobrecer la esfera de lo posible, (y de lo imposible), justamente por esa definición empresarial de la existencia. Si todo es calculable y predecible estamos frente al ámbito de lo empresarial pero no en el ámbito de la construcción del sujeto, siempre abierto a la creación, a lo impredecible y a lo nuevo. La apertura sensible e imaginativa



puede transmutar la impotencia en potencia y la imposibilidad como un horizonte, así nunca se alcance su plena realización.

En ese orden de ideas, el territorio del arte desborda sus antiguas demarcaciones y usos disciplinarios. Lo artístico se abre a la política, a la celebración, a un revitalizado activismo, a los gestos cotidianos, a los momentos donde la vida recuerda que es vida. Es decir, se extiende a lo sensible y a los cambios que se puedan producir en ese registro. Marcelo Expósito nos invita a extender la noción de “imagen artística” más allá de su encierro en los marcos de los cuadros e instituciones. Acogiendo su invitación podemos ver imágenes artísticas en un encuentro, en prácticas de colaboración entre las gentes, en las relaciones no codificadas de solidaridad, en la invención creativa de formas de comunidad alternativas, en liberar el deseo y generar otros comportamientos en la vida cotidiana, en los gestos sin finalidad, en la producción de situaciones en donde aflora una creación social de valor no traducible en dinero, en la incorporación de prácticas estéticas en acciones sociales. Movimientos sociales como el *Hip Hop* en este país son una muestra de esa creación social de valor.

Así como lo poético suspende la funcionalidad comunicativa de la lengua para abrir una fisura por donde se cuele la existencia, así mismo lo artístico suspende la fatal temporalidad de causas y efectos para redimensionar la organización sensible del vivir. El arte no solamente tiene que ver con objetos que pasan como “obra de arte”, tiene que ver con situaciones, relaciones, nuevas formas de subjetividad, con introducir pequeñas diferencias allí donde todo se muestra acabado e irremediable, con generar intervalos y vacíos, con gestos que no apuntan a nada distinto que a sí mismos. Tiene que ver con el no-lenguaje, con lo asignificante pero vital, con esos pequeños desplazamientos que van provocando algo aunque ignoremos que es. “No otro mundo sino lo otro de cualquier mundo”, como diría Pelbart. Todo esto, acostumbrados como estamos a



con cada situación. A las nuevas tecnologías no se les pueden pedir absolutos, quizás su modo de ser está más cerca a lo fugaz y ocasional, a un tipo de acciones-espasmos sin mucha continuidad, a entusiasmos que se inician y se extinguen con la misma rapidez. No obstante, se abre paso figuras como el “actor-red”, y una tecno-política de indiscutible alcance. Los movimientos sociales progresivamente configuran su “coporalidad” e identidad dentro de redes y mediaciones tecnológicas, superando o renovando el agotamiento de precedentes modos de participación.

La tecno-socialidad tiende a refrescar acciones previas muy centralizadas y jerarquizadas, prácticas comunicativas sin riqueza creativa ni fuerza estética.

Margarita Padilla, investigadora del lugar de las luchas políticas por internet, señala las interesantes proyecciones de esta inteligencia colectiva. A su juicio facilita nuevas formas de organización y de cultura política, abre un abanico importante de usos, facilita cierta incontrolabilidad debido a su no localización; propicia flujos indeterminados e impredecibles, con ideas que crecen y transmutan en su propio fluir. Todo ello abre una acción colectiva más compleja y distanciada de las antiguas dualidades y bloques identitarios al estilo izquierda frente a derecha. Las nuevas tecnologías favorecen la constitución de una cooperación múltiple, diversa, sin cierres ni localizaciones, abierta a una constante creatividad, con múltiples conexiones y relevos que intensifican su fuerza. Una inteligencia mayor en tanto que rebasa lo individual. Algunas de sus impresiones ayudan a perfilar estas ideas:

“En una red no hay un lugar central desde donde veas todo. No está hecha para ver todo. Las prácticas de los movimientos sociales aún funcionan demasiado con esa idea de totalidad: la asamblea se percibe a sí misma como un centro de la autoorganización, el militante se siente a sí mismo como responsable de todo, etc. Son prácticas muy potentes, pero pagas



expresivo. Se piensa en un material expresivo, este no es un soporte que recibe pasivamente unos contenidos o ideas, las ideas no preexisten a las operaciones y pensamientos con ese material.

Es importante recalcar que las creaciones artísticas existen para hacer manifiesto y visible lo indecible, aquello que desborda el lenguaje ordinario; en ese sentido aluden a un exceso, exceden las representaciones vigentes, se refieren a un decir de otro modo. Lo artístico establece un ámbito de acción no asimilable a lo comunicativo; es una fuga de lo representativo, de lo ya dicho, de la palabra definitiva y última, de la significación cerrada y estable. Su campo de sentido es lo indirecto, ambiguo, el plano de sensaciones no siempre traducibles a un significado. La inminencia de un sentido que no acaba de definirse

Se trata, igualmente, de una expresión no del todo controlada por el sujeto, en la expresión estética hablan instancias que rebasan lo pensado racionalmente: el deseo, la memoria, los afectos, el cuerpo. El sujeto, por medio de lo artístico, más que hablar es hablado, por su mediación emerge un saber desconocido, realidades que claman relato y desean decirse, realidades que no encuentran simbolización en otros modos de expresión y comunicación. Si la identidad se produce performáticamente, a través de discursos y representaciones, entonces lo artístico puede configurar y desplazar lo que somos y podemos ser. Lo artístico se relaciona con la constitución de la subjetividad personal y colectiva.

La creación artística irrumpe subvirtiendo la estabilidad del sujeto y los modos controlados, regulados y normativizados de expresión de una sociedad: las explicaciones de carácter científico, la discursividad jurídica de normas y derechos, los tradicionales discursos políticos enmarcados en un ideal totalizante que colmaría al sujeto. Este, y su deseo, no se ven colmados por ninguna representación de esa naturaleza, por ello clama por



esa otra expresividad cargada de cuerpo, pulsiones, memoria, imaginarios, etc. Lo artístico se sitúa en una voluntad de experimentación (de experiencia y creación) por encima de una voluntad de verdad (ligada a otras formas de conocimiento). La creación artística, no necesariamente circunscrita a los llamados “artistas”, desborda el orden de las representaciones ya definidas, hace temblar lo ya sabido, lo ya dicho, lo ya sentido, lo ya pensado. Incluso se sitúa en la posibilidad de transgredir la idea misma de significación tan ligado a una voluntad, a una identidad. Más que significar, algunas prácticas artísticas desestructuran cualquier anhelo de significado propiciando la entrada de aquello que no se deja decir, aquello que se resiste a traducirse en un significado.

La memoria convocada por el arte, por ejemplo, no es del orden del monumento, ni de la evocación voluntaria y consciente (sin desconocerlas). Se trata de una memoria involuntaria e inexistente en el recuerdo consciente. La aparición de esa imagen sensible no se ajuste literalmente a lo vivido objetivamente en el pasado, y recordado posteriormente; incluso puede aludir a algo no vivido. La memoria, tratándose de la literatura y el arte, no se rememora, se crea. Se crea en y con imágenes que relanzan el pasado a una nueva relación con el presente. La memoria involuntaria se carga de la potencia creadora del inconsciente, de conexiones inéditas que asoman en el momento de la acción creadora, cuando se suspenden los lenguajes y tiempos del vivir práctico y rutinario.

El arte deja aparecer una diferencia, lo imprevisto, aquello que trae un nuevo brillo y sentido frente a las representaciones ya establecidas. Todo ello agenciado por un modo de pensar que rompe la linealidad y la coherencia, un pensamiento que opera editando elementos distanciados en el espacio y en el tiempo. Pensamiento-montaje no solo de imágenes, sino de textos e imágenes generando otros productos y formatos como el libro-arte, o trabajos en la red, o las radios, involucrando un tejido sonoro



y vocal diferente. Las posibilidades de la creación artística también están en los nuevos formatos y circuitos que ofrece el mundo contemporáneo. El montaje opera por choque de imágenes y por tanto de los mundos que ellas encarnan, introduce una “pertinencia impertinente” que explota el orden de las cosas y abre un espacio para la aparición de deseos y la articulación de lo heterogéneo, contradictorio y ambiguo. Habilita un espacio para las pluralidades y discontinuidades que nos habitan; esa novedad responde a una profundidad de la experiencia cuya temporalidad responde al mundo interno de la subjetividad. La imaginación, respaldada por la puesta en juego de lo sensible, posibilita esos encuentros y desencuentros que diferencian el pensamiento visual de la linealidad de otros modos de pensar. La creación artística es otra experiencia, una experiencia más íntima y liberadora de las posibilidades que siempre anidan en lo real. “No hay obra que no deje a la vida una salida, que no señale el camino entre los adoquines”.

Bibliografía

- Arendt, Hannah. *La condición humana*. Paidós. Barcelona, 1993
- Castro, Santiago y Restrepo, Eduardo. *Colombianidad, población y diferencia*. En Castro, Santiago y Restrepo, Eduardo Editores. *Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX*. Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Pensar. Editorial Javeriana, Bogotá, 2001
- Castro Gómez, Santiago. 2012. *La Reforestación del mundo de la vida. Conversación sobre política, colonialidad y filosofía latinoamericana*. Entrevista del Colectivo Pensamiento Crítico del Sur. En santiagocastrogomez.sinismos.com/blog/
- Deleuze, Gilles. *Conversaciones*. Editorial Pre-textos. Valencia, 1995.
- Expósito, Marcelo. www.marceloexpósito.net. También: *La Potencia de la Cooperación. Diez tesis sobre el arte politizado en la nueva onda*



- global de movimientos*. Introducción a un dossier para la revista colombiana Errata. Circulación por internet, 2012
- Larrosa, Jorge. *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*. Fondo de Cultura Económica. México, 2003.
- Nancy, Jean-Luc. *La Declosión. Deconstrucción del cristianismo*, 1. Ediciones La Cebra. Buenos Aires, 2008.
- Nancy, Jean-Luc. *La comunidad enfrentada*.: Ediciones La Cebra. Buenos Aires, 2007.
- Padilla, Margarita. *Internet puede inspirar una nueva política a la altura de la complejidad de nuestro mundo*. Entrevista en Interferencias. Blog, en eldiario.es 10.01.2013
- Quintana Laura, *Singularización política (Arendt) o subjetivación ética (Foucault): dos formas de interrupción frente a la administración de la vida*. Revista de Estudios Sociales No. 43, Universidad de Los Andes, Bogotá, pp. 50-62.

